

DOMINGO XX DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38, 4-6.8-10): *No busca el bien del pueblo, sino su desgracia.*

Salmo (39, 2.3.4.18): *«Señor, date prisa en socorrerme».*

2ª lectura (Hebreos 12, 1-4): *Quitémonos lo que nos estorba.*

Evangelio (Lucas 12, 49-53): *He venido a traer fuego al mundo.*

Podríamos decir que el ser humano nace en medio del conflicto. No todos somos fruto del amor de nuestros padres; no siempre hemos sido bien acogidos por el entorno, por el lugar y el momento de nacer, porque ya somos muchos, porqué en este momento, por...

Luego vienen los conflictos del crecimiento personal, adolescencia, emancipación, los compañeros y las compañeras del colegio, del trabajo, la pareja, los hijos; los malentendidos con los de arriba y con los de abajo, con los que tienen otras ideologías y credos religiosos; y también con nosotros mismos y con nuestras propias decisiones. En fin, un lío.

Jeremías, en medio del pueblo genera conflicto, sobre todo el conflicto que no interesa a los poderosos porque les invita a darse cuenta de lo que está sucediendo en su pueblo, que va a ser deportado fuera de la tierra que el Dios Yahveh había entregado a sus antepasados.

No interesa que el pueblo se entere de quién es el causante de las situaciones de dificultad que sufren los más débiles de entre ellos, a causa del mal gobierno y del aprovechamiento de los bienes comunes por parte de los que detentan el poder.

La presencia de Dios (zarza ardiendo), la presencia de Jesús (fuego a la tierra), la presencia del Reino (fuego eterno) y el ardor para esta etapa de evangelización producen conflicto. Nos cuesta emprender nuevos caminos, situarnos en una nueva manera de entender y de realizar la comunidad parroquial y las comunidades eclesiales de base que lleven adelante la misión encomendada por Jesús a sus seguidores para sacar ese ardor en una nueva creación para las gentes que habitan en las periferias.

El conflicto del que habla el evangelio no es el que tenemos cada uno de nosotros en nuestras familias de sangre, de congregación o de parroquia. Es el conflicto que vivimos cada uno de nosotros en nuestro propio interior o en el interior de nuestros grupos cuando dándonos cuenta de que “*este tesoro*”, que es la buena noticia hecha vida digna, se la negamos o se la arrebatamos a muchas personas de nuestro mundo.

La nube de los testigos, que aparece en la carta a los Hebreos son el verdadero rescoldo que mantiene encendida esa presencia del Dios viviente que acompaña el devenir de las personas sobre la tierra.

Actualmente la proximidad del proyecto de Jesús a las gentes pequeñas de los lugares pequeños, solo será posible si hay comunidades cristianas pequeñas que con gestos pequeños continúan haciendo presente en el mundo el proyecto de Jesús: “*el Reino de Dios, solo asequible a los humildes y sencillos*”.

Si las palabras de Jesús son generalmente armonía, aquí suenan con inusitada disonancia. Por poco familiarizado que estemos con el Evangelio, es sabido que la paz es un componente importante de su mensaje. Jesús es decididamente pacífico y pacifista. Su nacimiento se anuncia en clave de paz: **«Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»**; se le llama “*rey pacífico*”; llama dichosos a los artífices de la paz y se despidió de los suyos dejándoles su paz y bendiciéndolos con la paz.

Casi todo cuanto leemos en este corto pasaje del Evangelio nos resulta sorprendente o al menos chocante. Son palabras que suenan a contradicción y escándalo, afirma Jesús **«no he venido a traer la paz»**, y habla de fuego, de división y de guerra. Importa mucho precisar qué quiso decir Jesús con estas metáforas y expresiones.

En la Biblia, “*fuego*” es palabra polisémica. El fuego es una fuerza que alternativamente “*ilumina y calienta*”, que “*da vida o la destruye*”. Primeramente evoca acciones divinas de castigo como en la destrucción de Sodoma (Gen 19). En ese mismo sentido los discípulos piden airados fuego del cielo contra los samaritanos inhospitalarios (Lc 9,54). Si Jesús lo entendiera así, significaría que el fin de su venida al mundo es “*castigar*” y, por razones obvias no se puede admitir esta interpretación porque Jesús **«no ha venido para juzgar al mundo sino para que el mundo se salve por Él»** (Jn 12,47).

Siendo Jesús ante todo salvador, el “*fuego*” de que habla y trae no puede entenderse en sentido negativo y destructor, sino en sentido positivo de salvación y de vida. Puede entenderse como el entusiasmo por su causa que la comunicación del Espíritu Santo produjo en Pentecostés. El “*fuego*” es la fuerza de su mensaje, que provoca al mismo tiempo ardientes entusiasmos y apasionada oposición.